CENIZA

灰文学雑誌

Revista de literatura

3

Junio | 2025

CENIZA

Revista de literatura | Marzo 2025

Ceniza número 3.
Primera edición: junio del 2025.
© de los textos: sus respectivos autores.
© de la edición: Revista Ceniza.
cenizarevista@gmail.com

ISSN: 3045-7858

Todos los textos publicados en esta revista son propiedad de sus respectivos autores. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización correspondiente.

Estíbaliz Becerro Pellitero | Sara Casado | Adrián Fuentes | Jesús Hernández | José Abelardo Henriquez | Marcos Lozano García | Kai Momiejo | Inés Paris | Andrés Plascencia Madrid | Clara del Rey | Irene de la Torre | Claudia Torres

EDITORIAL

EDITORIAL

Este tercer número de Ceniza llega con los días alargándose, cuando la primavera empieza a mutar en verano y el aire ya tiene esa promesa de calor sostenido y calles vacías. Hemos querido que este número respire ese tránsito, esa mezcla de lo que brota y lo que se agota.

Solo doce autores forman parte de esta entrega. Hemos leído con atención y sin prisas. Hemos discutido. Hemos dudado. Y hemos seleccionado textos que, desde su diversidad, comparten algo que nos importa profundamente: una relación seria, y novedosa, con la palabra.

No nos interesa la literatura como gesto automático, como producto, como marca personal. Nos interesan los textos que arriesgan algo, aunque sea pequeño; los que no escriben desde el adorno, sino desde la necesidad.

Nos gusta que sea así. Seguimos creyendo que una revista literaria no debe ordenar el caos, sino dar forma al desorden sin reducirlo. *Ceniza* no tiene una estética única, ni una bandera. Lo que sí tiene —lo que queremos que tenga— es una actitud: leer con rigor, seleccionar con calma y publicar solo cuando lo que tenemos entre manos realmente lo merece.

Quizás este número, más breve y más seco que los anteriores, se parezca un poco a su estación: algo que madura en silencio, que crece hacia dentro, que no necesita flor para tener raíz.

DRAMATURGIA

Marcos Lozano García

EL METECO
(fragmento)
Comedia en dos actos, y un prólogo.

PERSONAJES

JHONNY

ESTUDIANTE EXTRANJERA

EL FERIANTE

LA FERIANTE

EL METECO

EL INTRUSO

La acción, transcurre en un piso de la ciudad de Sevilla. Época actual.

ESCENA CUARTA (1er Acto)

(Noche del mismo día. Prosigue el ambiente de júbilo. En escena TODOS sentados en la mesa con brasero. Se abre la puerta del piso y entra LA ESTUDIANTE EXTRANJERA, cargada de cervezas Cruzcampo de litro, patatas fritas y sosteniendo una vieja guitarra española)

JHONNY. – ¡Pero mira a quién tenemos aquí! ¡Mi chama, querida!

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – ¿Qué te esperabas, JHONNY? Con la que tenéis aquí montada se os escucha por todo el patio y también en mi piso. Así que os he bajado unas provisiones. Además me cansé por hoy de estudiar (*Se queda un momento en silencio, mirando al METECO)* Y tampoco quería perderme la fiesta.

EL FERIANTE. – Pues no se hable más, rubia. Siéntate aquí, a mi vera, a la verita mía... como aquello que cantaba nuestra querida Lolita Flores.

LA FERIANTE. – *(Celosa)* ¡No empieces ya con tus tonterías! Además que si vas a hacer la gracia, por lo menos no cambies la letra a la canción.

(Canta LA FERIANTE "A tu vera", de Lola Flores)

«A tu vera,
A tu vera, siempre a la verita tuya
Siempre a la verita tuya
Hasta que por ti me muera...»

(Ahora LA FERIANTE, directamente mirando al METECO.)

«Que no mirase tus ojos
Que no llamase a tu puerta
Que no pisase de noche
Las piedras de tu calleja...»

TODOS. – ¡Olé! ¡Olé! ¡Arte!

JHONNY. – Chicos, cálmense un poco. (*Se dirige a LA ESTUDIANTE EXTRANJERA)* ¡Hiciste bien en dejar por un rato la chamba! Siéntate ahí dónde puedas y únete a nosotros mientras yo guardo las birras en la refrigeradora. *(Pausa)* Por cierto, tenemos invitado.

(JHONNY señala en dirección al sofá destartalado donde EL CLIENTE 1 sigue allí sentado, impertérrito. Entonces JHONNY prosigue su camino hasta que regresa con un recipiente para las patatas y con otro vaso. Mientras y sin apenas inmutarse con respecto al CLIENTE 1, como si la escena ya de antaño le resultase familiar, LA ESTUDIANTE EXTRANJERA se apodera de una silla y se coloca al lado del METECO)

EL METECO. - ¡Pues ya estamos todos!

EL FERIANTE. - ¡No ni ná, cuantos más mejor, niño! *(Riendo)* Y encima si nos traen provisiones, ya ni te cuento.

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – Provisiones y también algo más. *(Se dirige al FERIANTE)* A ti te estaba yo buscando, para que nos toques un poco de tu música. *(Le entrega la guitarra española)* ¡Tócanos algo, maestro!

TODOS. - ¡Artista! ¡Olé!

EL FERIANTE. – ¡Esta sí que es buena, rubia! *(Examinado y luego afinando la guitarra)* Fite, como si me faltase a mí tiempo para hacer cantar a esta preciosidad, asín con cuerpo de mujer.

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – ¡Y eso no es todo, mis muy queridos vecinos!

JHONNY. – ¡Vaya, mi chama es siempre toda una caja de sorpresas!

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – ¡Y qué lo digas, JHONNY! *(Se saca del bolsillo un porro)* Aquí os traigo un porrito que me ha dado un compañero de la universidad. Vamos ahora mismo a encenderlo y fumárnoslo entre todos.

TODOS. – ¡Viva nuestra vecina! ¡Olé y Olé!

(A continuación prenden el porro y lo van pasando, entre todos. Se forma una humareda mientras resuenan las carcajadas, las bromas y EL FERIANTE comienza a hacer sonar la guitarra por bulerías. Luego EL METECO saca a bailar a LA FERIANTE y también a LA ESTUDIANTE EXTRANJERA mientras JHONNY observa sentado la escena con el porro en la mano y esbozando una sonrisa bobalicona)

JHONNY. - ¡Vaya con el pana, si sabe moverse! ¡Qué callado lo tenía, el muy vivo!

EL METECO. – Uno debe mantener siempre alguna de sus virtudes ocultas, JHONNY. Al menos, durante el tiempo que le sea posible.

JHONNY. – ¡Pues estoy deseando ver las otras virtudes de las que hablas!

EL METECO. – *(Riendo)* ¡Pues espera ahí sentado! *(Mientras le da una vuelta a LA FERIANTE)*

LA FERIANTE. – Si parece que lo lleva en la sangre, el zagalón.

EL FERIANTE. – ¡Miarma, no te arrimes tanto! *(Riendo)* Esas manos quietas y donde las pueda ver yo.

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – Eso, eso. Además ahora me vuelve a tocar a mí el bailar contigo. Es mi turno.

JHONNY. – ¡Un momento! ¡Silencio!

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – ¿Qué sucede, JHONNY?

JHONNY. – Dame un momentico ¿No escucháis unos golpes? *(Se levanta de la mesa)* ¡Un momento de silencio, he dicho! *(Se dirige al FERIANTE)* ¿Deja de tocar la guitarra, quieres?

EL FERIANTE. - Sí, JHONNY... a mandar.

LA FERIANTE. – A mí también me lo parece que se escuchan unos golpetazos... ¿pero a éstas horas de la noche, tan tarde?

(Efectivamente llaman a la puerta. Golpes secos. Todos callados se miran sorprendidos durante un instante. Entonces JHONNY se encoge de hombros y se dirige hacia la puerta. Atisba primero a través de la mirilla y luego abre, apareciendo en escena EL INTRUSO. Viste con ropa holgada de chándal y plataformas, luciendo varias cadenas de oro chapado alrededor de su cuello tatuado. Es alto y

extremadamente chupado, con una cicatriz evidente en el rostro. Lleva consigo una bandolera y porta orgulloso, un cigarrillo en la oreja)

EL INTRUSO. – Buenas noches. Disculpad la molestia, sé que es algo tarde.

JHONNY. – ¡Desde luego! ¿Por quién pregunta y qué es lo que quiere?

EL INTRUSO. – Busco a un tal JHONNY. Un amigo tuyo me dijo que aquí me darían parte de lo que todavía se me debe.

JHONNY. – ¡No me lo puedo creer! *(Se dirige a EL FERIANTE, muy furioso)* ¿Tú sabes algo de todo esto, no?

EL FERIANTE. – ¡Será posible, el gorrilla este! ¡Te dije que aquí no podías venir! *(Se encamina hacia la puerta, visiblemente nervioso)* ¡Eres un sinvergüenza! Venir a estas horas a molestarnos a todos... Valiente mamarracho.

JHONNY. - ¿Entonces lo conoces? *(Se pone las manos en la cabeza)* Sea quien sea, no puedo creer que le hayas dado la dirección de nuestro piso. *(Furioso)* ¡Te dije que tus turbios asuntos, los quería lejos de aquí!

EL INTRUSO. – ¡Menos gritos, cabesa! ¡Yo solo he venido aquí a que se me pague, y listo!

EL FERIANTE. – ¡Pero illo! Si hoy ya te lo pagué todo lo que había pendiente... ¡Tú, lo único que has venido aquí es a ver si sacas todavía más pico, tranfullero!

JHONNY. – Arreglar vuestros asuntos *(Señala a EL FERIANTE*) pero sácalo inmediatamente de esta piso, porqué aquí no puede estar ni un minuto más.

EL INTRUSO. – Mira cabesa, fite que yo no me voy de aquí hasta que me paguéis.

JHONNY. – Yo a ti no te debo nada. No te conozco y jamás hice un trato contigo ¡Y además esta es mi casa, un hogar respetable!

EL FERIANTE. – ¡Vamos fuera, ven conmigo a la calle como hacen los hombres de verdad! *(Como EL INTRUSO no se mueve ni un ápice, EL FERIANTE se dirige hacia él y lo zarandea)* Pues será por las malas, empecorchao.

EL INTRUSO. – ¡Ya me tenéis una jartá de cansado! ¡Se acabó mi paciencia, al carajo!

(Entonces EL INTRUSO se zafa de EL FERIANTE y se echa la mano a la bandolera, de donde saca a la vista de todos una navaja filosa. A continuación JHONNY y EL FERIANTE dan un salto hacia atrás mientras el resto se estremecen.)

LA FERIANTE. – ¡Ay, por mi mare! ¡Socorro!

EL INTRUSO. - ¡Venga todos para dentro! Asín con las manos en alto, donde yo pueda verlas bien. Y pobre del que intente algo porqué por mis muertos que lo rajo como a un marrano. No seríais los primeros...

EL FERIANTE. – Pero tú te has vuelto loco, illo...

EL INTRUSO. – ¡A callarse he dicho! Vuelve a abrir ese pico de

oro que tienes sin que yo te lo diga y serás el primero al que deje como a un colador. Y ahora quiero que os vaciéis los bolsillos y lo pongáis todo en el suelo. Por supuesto también quiero relojes y cualquier zarandaja de valor que tengáis encima: me lo ponéis también en el suelo. ¡Venga, rápido que no tengo toda la noche!

(Mientras todos acatan las órdenes, EL INTRUSO se percata de la presencia del CLIENTE 1 que sigue sentado en el sofá destartalado con la mirada perdida en la nada.)

EL INTRUSO. – ¿Así que este es el que se ha cascado enterita toda mi mercancía, no? *(Irónico)* Fite tú, uno con mucha suerte y también con los bolsillos llenos de parné.

JHONNY. – ¡A ese ni se te ocurra tocarlo! Es uno de mis mejores clientes y...

EL INTRUSO. – ¡Y dale con el cabesa, que no se calla ni bajo el agua! Tanto músculo para que de una puñalada te quite la tontería esa que llevas encima. ¿Además, qué te crees? ¿Eres el único con derecho a robar aquí? De eso nada, illo. Aquí hay para todos.

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – Por favor, márchate de aquí. No tenemos nada.

EL INTRUSO. – ¡Vaya con la vistosona de ricitos de oro! Mira, a ti no solamente te voy a sablear todo lo que lleves encima sino que luego te vas a venir conmigo a solas para hacerme un buen apaño.

EL METECO. – Tú de aquí no te llevas a nadie. *(Se pone delante de LA ESTUDIANTE EXTRANJERA, protegiéndola)* Además, como le toques un pelo te las verás conmigo.

EL INTRUSO. – ¡No ni ná! Ya tenemos aquí al gallo del corral. *(Pausa)* Después de tomarse un buen trinqui, todos somos muy valientes, ¡eh? Contigo también voy a arreglar cuentas después de que primero haya limpiado al atontado ese del sofá...

(Se dirige EL INTRUSO hacia EL CLIENTE 1, dando la espalda a TODOS. Entonces JHONNY aprovecha la oportunidad y se abalanza sobre EL INTRUSO, con el que forcejean durante un instante. Finalmente JHONNY sale victorioso del envite y le arrebata al INTRUSO la navaja filosa, con la que ahora le amenaza. Al verse desarmado EL INTRUSO opta por darse el piro y sale corriendo de la escena sin mirar atrás, abalanzándose escaleras abajo.)

JHONNY. – ¡Eso es, largo de aquí! *(Le persigue hasta el rellano, donde se mantiene firme)* ¡Y no vuelvas nunca más, si no quieres más problemas!

EL METECO. – ¡Pero bueno! *(Resoplando)* ¡De la que nos hemos librado!

JHONNY. – ¡Amenazarme a mí en mi propio hogar! *(Sigue gritando, muy alterado)* Y encima intenta robar a mi mejor cliente, delante de mis propias narices ¡Eso sí que no, eso por encima de mi cadáver!

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – Menos mal que se marchó ¡Qué miedo pasé!

LA FERIANTE. – Sí, niña...

EL FERIANTE. – Vamos JHONNY. *(Al fin reaccionando)* Entra ya para dentro y cerremos bien con llave la puerta...

(JHONNY gira bruscamente hacia EL FERIANTE, todavía con la navaja filosa en la mano.)

JHONNY. – ¡Tú! *(Lo señala)* ¡El causante de todo esto!

EL FERIANTE. – Yo, JHONNY... como iba a pensar...

JHONNY. – ¡Guácala! ¡Esto es la gota que colma el vaso! *(Completamente fuera de sí)* Te he avisado una y otra vez, pero esto ya se acabó. Ya, ¡tiro la toalla definitivamente contigo!

EL FERIANTE. – De veras JHONNY, puedo explicártelo...

JHONNY. – ¡No y no! No quiero escuchar ni una palabra más. Te he perdonado todas y cada una de las cosas que has estado haciendo desde que llegaste a esta bendita casa, pero lo de hoy es totalmente imperdonable: darle la dirección de nuestro hogar casa a semejante mamarracho... ¡nos pusiste a TODOS en riesgo!

EL FERIANTE. – Lo sé JHONNY... *(Implorando)* Perdóname de verdad, es que...

JHONNY. – ¡Largo de aquí! Ya puedes tú y tu mujer recoger ahora mismo todos los cachivaches y largaros para no volver jamás. *(Se dirige a LA FERIANTE)* Tienes en un suspiro para recoger lo que dios sepa que tengáis allí bien escondido.

(JHONNY no deja de sostener la navaja filosa entre las manos, amenazando a EL FERIANTE. Mientras, LA FERIANTE se mete rápidamente en la habitación y empieza a recoger rápidamente todas sus pertenencias.)

EL FERIANTE. – Tranquilízate JHONNY y baja esa navaja. Y

además ¿ahora dónde iremos, JHONNY? ¿Nos vas a dejar en la calle? ¡Si ya somos casi como hermanos de sangre!

JHONNY. – ¡Me trae absolutamente sin cuidado! Ya me estás dando ahora mismo el juego de llaves del piso que te dejé y que no me entere yo, que andas cerca del piso ni que molestas a ninguno de los inquilinos *(Señalando con el dedo alternativamente al METECO y a LA ESTUDIANTE EXTRANJERA)* ni tampoco a los pacientes que visitan mi consulta. Como me entere yo, estás listo ¿Me oyes? ¿Te quedó claro por una vez en la vida?

EL FERIANTE. – *(Agacha la cabeza)* Sí, JHONNY...

(Aparece LA FERIANTE con un par de maletas y portando bajo el brazo, todo tipo de bártulos que EL FERIANTE le ayuda a sostener. Entonces ambos con la mirada fija en el suelo y sin mediar palabra alguna, llevan sus cosas consigo y desfilan ante JHONNY. Solamente al final, cuando LA FERIANTE ya está bajando a trompicones por la escalera, EL FERIANTE se gira en dirección al resto y alza la vista para despedirse de cada uno a su manera. Entonces él mismo cierra la puerta.)

EL METECO. – Ya se fueron...

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – Eso parece.

JHONNY. – Y colorín colorado... ya son historia, chicos. Un problema menos. *(Pausa)* Solamente sucede que ahora tendré que cambiar la cerradura y de nuevo, mandar hacer las llaves nuevas.

EL METECO. – Sin problema JHONNY. Cuando las tengas nos avisas y nos entregas un juego.

JHONNY. – Pues entonces se acabó lo que se daba. Ya es muy tarde. Acabemos ahora con la rumba, que ya hemos tenido TODOS suficiente.

ESTUDIANTE EXTRANJERA. – Me parece bien. *(Pausa)* Entonces yo, me marcho ya. Adiós.

(LA ESTUDIANTE EXTRANJERA se marcha del piso. Luego JHONNY se dirige hacia EL CLIENTE 1 y con la ayuda de EL METECO lo cargan hasta la habitación de JHONNY, el cual en última instancia saluda y asiente con la cabeza al METECO. Luego acaba de introducir solo al CLIENTE 1 en su habitación y se cierra la puerta tras de sí. Se queda solo EL METECO en la escena.)

EL METECO. – Pues sí, que acabó bien la fiesta sí... estuvo más que entretenida. *(Pausa)* Mañana será otro día, en esta casa de locos.

(EL METECO regresa a su habitación y cierra la puerta tras de sí)

Oscuro.

ENSAYO

Estíbaliz Becerro Pellitero

2084: La distopía que superó a la FIcción. De Orwell a Sansal: cómo las advertencias literarias se transforman en realidad

Vivimos en un mundo de incertidumbre política, crisis climáticas y polarización ideológica. Con este pretexto, las distopías vuelven a ocupar un lugar central en la ficción, más allá de ser lecturas obligatorias en el colegio. Dejan de ser escenarios apocalípticos fruto de la mente imaginativa de autores que vivieron hace mucho tiempo para enfrentarnos a nuestros miedos colectivos y advertirnos sobre los caminos que la humanidad podría tomar si no cuestiona a tiempo sus estructuras de poder.

1984 de George Orwell y *2084: El fin del mundo* de Boualem Sansal son dos distopías que a través de visiones sombrías del futuro, exploran los límites de la libertad humana. Aunque escritas en contextos históricos y culturales diferentes, ambas novelas convergen en su crítica feroz al autoritarismo. A través de mundos deshumanizados se construyen poderosas advertencias sobre los mecanismos de control que amenazan la autonomía individual, ya sea mediante la vigilancia estatal o el fanatismo religioso. Lejos de

ser meras fantasías, sus relatos nos obligan a mirar con atención el presente y preguntarnos hasta qué punto estamos más cerca de estas distopías de lo que quisiéramos admitir.

Antes de adentrarse en *2084*, Sansal lanza un aviso al lector que, a primera vista, parece apaciguar: "El lector se cuidará de pensar que esta historia es verdadera o que se inspira en alguna realidad conocida. [...] Duerma tranquila, buena gente, todo es absolutamente falso y lo demás está controlado.(Boualem Sansal, *2084. El fin del mundo*, pp. 5-6)". El autor afirma con tono irónico que todo en su novela es inventado: los personajes, los hechos y el universo en el que transcurre. Incluso compara su obra con *1984*, asegurando que tampoco el mundo del Gran Hermano existía, ni tiene razón para existir en el futuro.

Sin embargo, esta aparente distinción entre ficción y realidad es, en el fondo, un recurso profundamente irónico. Sansal, como Orwell, recurre al distanciamiento narrativo para protegerse y para obligarnos a mirar más allá de la superficie. La advertencia, lejos de tranquilizar, inquieta. Porque si bien los nombres y lugares son ficticios, los mecanismos de represión, vigilancia y sumisión que describe resultan alarmantemente reconocibles. Esa frase final —"todo está absolutamente falso y lo demás está controlado"— funciona como un guiño, un eco orwelliano que amplifica el miedo.

1984 nos sumerge en un mundo donde la vigilancia y la manipulación estatal dominan cada aspecto de la vida. *2084*, por su parte, nos transporta a un escenario aún más opresivo: un desierto abrasador donde la religión lo rige todo y la duda es el peor de los pecados. Ambas novelas describen sociedades construidas sobre los mismos pilares: la erradicación del pensamiento libre, la

reescritura de la historia y el sometimiento absoluto del individuo. La diferencia crucial radica en el tipo de poder que gobierna: Orwell denunció el control de un Estado omnipresente, mientras Sansal expone el horror de una teocracia totalitaria llevada a su máxima expresión.

En *1984*, el Ministerio de la Verdad moldeaba la realidad a voluntad del Partido, suprimiendo palabras, manipulando hechos y borrando cualquier evidencia de un pasado distinto al impuesto. En *2084*, este control alcanza su forma más extrema con la "abilengua", un idioma diseñado para reducir el pensamiento a lo estrictamente necesario para adorar a Yölah y obedecer a su profeta, Abi. No hay espacio para la poesía, la reflexión ni el pensamiento crítico que permite cuestionarnos cosas. Si Orwell convirtió el lenguaje en un instrumento de represión con la neolengua, Sansal lo transforma en una lengua sagrada que convierte la disidencia en herejía, castigada con la muerte.

La vigilancia del Gran Hermano era constante y externa; en el mundo de Sansal es interior, espiritual y omnipresente. No hace falta una Policía del Pensamiento: la obediencia se interioriza como fe. El castigo ya no es solo terrenal, sino eterno. Y si O'Brien tortura a Winston hasta que ame al Gran Hermano, en *2084* basta con el temor divino para sofocar cualquier intento de rebeldía antes de que siquiera nazca.

Los "proles" de Orwell, mantenidos en la ignorancia y la miseria para impedir el pensamiento crítico se reflejan en los ciudadanos de Abistán. Sumidos en un letargo espiritual, han olvidado la capacidad de pensar por sí mismos. En este universo, no existen libros prohibidos ni sociedades secretas como en *1984*. Solo hay certezas absolutas, y dudar de ellas es la enfermedad más peligrosa.

Boualem Sansal escribió *2084* como un grito de alarma contra el islamismo radical y los regímenes que, bajo el pretexto de la estabilidad o la religión, imponen estructuras de obediencia total. Su Argelia natal se parece demasiado a Abistán, y Sansal ha sido durante años una conciencia incómoda para el poder. Lamentablemente, la realidad siempre supera a la ficción. En marzo de 2025, tal como publicó *El País*, el escritor fue condenado en Argel a cinco años de prisión después de su detención en noviembre de 2024 y una multa por "atentar contra la integridad del Estado" tras unas declaraciones en un medio francés.

Su juicio, envuelto en secretismo, se llevó a cabo en un clima de creciente tensión diplomática entre Argelia y Francia. A sus 75 años (aunque algunas fuentes indican que podría tener hasta 80), enfermo y sin acceso a sus abogados, Sansal se ha convertido en símbolo de la lucha por la libertad de expresión en el mundo árabe. Su encarcelamiento ha convertido su novela en una profecía cumplida.

A pesar de que *2084* fue publicada hace casi una década, hoy más que nunca es crucial volver a ella. La novela surgió en un contexto marcado por los atentados islamistas en Europa y el creciente enfrentamiento entre la libertad de expresión y la censura religiosa. *2084* responde literariamente a los intentos de imponer un pensamiento único basado en la fe. El autor, al alertar sobre los peligros de los regímenes teocráticos y totalitarios, se enfrenta ahora a un castigo por defender lo que su obra promueve: el derecho a pensar, hablar y desafiar lo impuesto.

El aparente consuelo que ofrece Sansal al principio de su novela —ese "todo es absolutamente falso"— se revela como una ironía amarga. Tanto él como Orwell sabían que la distopía más

inquietante no es la que podría llegar, sino la que ya ha comenzado a dar sus primeros pasos. *1984* y *2084* no son predicciones, sino espejos. Y si el espejo nos muestra una realidad que no queremos ver, es porque ya hemos cruzado el umbral donde la ficción deja de ser imaginación para convertirse en advertencia. Hoy, dormir tranquilos, tal y como nos sugiere Sansal al comienzo de su novela, es un lujo que no podemos permitirnos.

Bibliografía

El País. "El escritor francoargelino Boualem Sansal, condenado a cinco años de cárcel en Argelia." Publicado el 27 de marzo de 2025. https://elpais.com/cultura/2025-03-27/el-escrito-disidente-boualem-condenado-a-cinco-anos-de-c arcel-en-argelia.html

Sansal, Boualem. *2084. El fin del mundo*. Traducción de Albert Fuentes. Editorial Seix Barral, 2016.

Adrián Fuentes

El infinito en lo finito de la estructura narrativa y teatral en la novela corta *Novecento* de Alessandro Baricco

Dentro de los géneros literarios, el teatro aparece como acción pura. A diferencia de la narrativa o la lírica, es un medio que está dialogando constantemente con la representación de la carne sobre las tablas, de la actuación frente al público. Según Bobes Naves: "Presenta a unos personajes en acción («representa una acción de vida»), necesariamente está en tiempo presente y se desarrolla en un espacio limitado"[1]. Aquí la autora, caracterizando el teatro, presenta dos nociones básicas: la representación de la obra de teatro se hace en un tiempo presente al espectador en un escenario limitado físicamente.

La obra *Novecento* de Alessandro Baricco, aunque no es propiamente un texto teatral, cabe destacar que fue escrita pensada con fines teatrales. En palabras de su mismo autor:

Escribí este texto para un actor, Eugenio Allegri, y un

[1] Naves, Bobes. *Semiología de la Obra Dramática*. Madrid: Taurus Ediciones, 1987. p. 16

> director, Gabriele Vacis. [...]. No sé si esto es suficiente para decir que he escrito un texto teatral, pero lo dudo. Ahora que lo veo en forma de libro, me parece sobre todo un texto que se mantiene en vilo entre una auténtica puesta en escena y un relato para leer en voz alta. No creo que exista un nombre para textos de esta clase[1].

De esta manera, esta novela corta nace pensada como un monólogo interpretado por un único actor. Su realización es la de un personaje narrando hechos pasados. Estos aspectos son los que, creo, dan nacimiento a un concepto clave dentro de la novela: crear algo único en lo finito y limitante. Es decir, ya desde la estructura de la obra y su manera de narrar la historia hay algo que está dialogando con la noción de que lo creativo, lo que gesta el artista nace no de un campo sin límites y sin bordes, sino todo lo contrario. *Novecento*, como novela, rescata la limitación física de una representación teatral para plasmarla en su estilo narrativo.

Al ser una novela, hay que pensar ahora en cómo rescata estas nociones limitantes tanto en lo anecdótico de su historia, sus imágenes y la propia narrativa. Aunque no tengamos una representación física frente al texto, la obra nos presenta escenarios concretos dentro del barco Virginian. Más allá de las didascalias ocasionales indicando los cambios, el espacio reducido del barco junto a los pocos personajes dentro de la obra (siendo Sam el único narrador hasta el final, cuando el actor se transforma en el personaje de Novecento), la teatralidad nace con una consciencia no de acción inmediata, sino de referir el relato como una historia que se le cuenta a un oído confidente: un monólogo. El único elemento característico y limitante del teatro que no parece

[1] Baricco, Alessandro. *Novecento*. Anagrama. 2006. p. 5

dialogar con esta noción, de que en lo finito nace lo infinito, es la del tiempo, pues a diferencia de una representación física, el tiempo real no es un factor a tomar en cuenta en la lectura.

Volviendo a los límites como factor creativo, el mayor ejemplo de esta noción de la creatividad humana en aquello que no puede exceder sus propios bordes podemos encontrarlo al final de la obra, específicamente en ese momento en que el actor se vuelve Novecento:

> Imagínate: un piano. Las teclas empiezan. Las teclas acaban. Tú sabes que hay ochenta y ocho, sobre eso nadie puede engañarte. No son infinitas. Tú eres infinito, y con esas teclas es infinita la música que puedes crear. Ellas son ochenta y ocho. Tú eres infinito. Eso a mí me gusta. Es fácil vivir con eso.[1]

Esa explicación que da Novecento ante lo que "no ve" en la ciudad condensa la relación entre lo infinito y lo finito. Novecento, el protagonista de la obra, encerrado en los confines de un barco, ve ante la ciudad el "piano de Dios[2]". En otras palabras, el choque entre lo infinito y lo finito en lo humano parece darse entre los confines de sus propios bordes (no físicos, sino esos confines creativos internos) con su medio para expresarse. Para Novecento está en el piano en el barco. Sin importar la infinidad del mar, todo queda encerrado en ese lugar donde su interior deja nacer lo verdaderamente creativo. Lo que "crea", esa maravilla artística que es más novedosa que el Jazz, no es otra cosa que el infinito de su alma plasmado en ese borde donde se tocan las ochenta y ocho teclas y su vida interna.

[1] Ibid. p. 31
[2] Ibid

Para entender un poco más las nociones de infinito y finito dentro de este ensayo, quiero tomar la noción de mito dentro de la misma obra. Como ya se recalcó antes, la narración está desarrollada de tal manera que recuerda a un secreto que se confiesa, algo que busca ser contado entre la vulnerabilidad y confidencialidad del oyente, no para que permanezca siendo secreto, sino por su naturaleza inverosímil. Esta naturaleza inverosímil parece nacer del hecho de que Novecento, el personaje, está construido como un mito. Algo imposible que solo puede sobrevivir por medio de la oralidad de las personas que lo vivieron. Se habla así de una persona sin papeles, que nació sobre el mismo piano que toca y que sobrepasa toda expectativa en talento. Pero lo mítico, por más que evoque la noción de grandeza, no debe eludir lo humano. Según Mircea Eliade:

> El mito proclama la aparición de una nueva "situación" cósmica o de un acontecimiento primordial. Consiste siempre en el relato de una "creación": se cuenta cómo se efectuó algo, cómo comenzó a ser. He aquí la razón que hace al mito solidario de la ontología; no habla sino de realidades, de lo que sucedió realmente, de lo que se ha manifestado plenamente.[1]

Lo sagrado de Novecento, su ente creativo, no es el nacimiento de una deidad primordial. El nacimiento mítico (o esta suerte de mito o leyenda gestándose en el Virginian por su talento) parece ser la imagen difusa de Novecento frente a la cercanía que tiene Sam de narrar los hechos como su amigo. Es decir, lo infinito concede a Novecento este aire mítico que lo envuelve a ojos de quienes lo ven tocar, pues ven el resultado final. Sam, su mejor

[1] Eliade, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama: Punto Omega, 1964. p. 42

amigo, al conocer la humanidad que hay detrás confiere a la narración esta suerte de vistazo a la faceta que elude la gente externa que lo escucha. Su grandeza no es divina, pues lo creativo es una expresión humana que nace de esos confines que parecen tan pequeños.

En el caso de lo creativo es algo preexistente de su interior, ¿pero qué implica ese universo en el alma humana? Tomando la palabra de María Fernanda Palacios: "El artista identificándose con la figura del creador (en cualquiera de sus variantes) tiene que ver con patrones heroicos o titánicos de trabajo donde las imágenes, o bien pierden su autonomía, o bien pierden su realidad psíquica imaginaria[1]". La misma obra lo dice; Novecento, el personaje, lo dice: el taburete de Dios no es para que él toque aquel piano con teclas infinitas que es el mundo exterior de ese barco.

Finalizando, *Novecento*, la obra de Alessandro Baricco, está desde su estructura narrativa, sus imágenes y sus personajes, dialogando con la posible representación física teatral de los sucesos junto a la narración novelesca y casi confidencial del texto. Más allá de la clasificación que podríamos darle a la obra (pues para efectos prácticos la mantendremos como novela corta), quiero rescatar como aquí el texto no funciona solo como la consecuencia del acto creativo del autor. Hay un diálogo estructural de la narración que va enfocada tanto metódicamente (o así lo parece) como emotivamente a la demostración de un infinito en lo finito: aquello que convive con nosotros a través de la vida interior, en este caso, aquella vida que gesta el alma de Novecento, el protagonista, en las breves páginas de esta historia.

---

[1] Palacios, María Fernanda. "Mi aproximación al hecho literario". *Suplemento cultural*. Marzo de 1993, p. 12.

Bibliografía

Baricco, Alessandro. *Novecento*. Anagrama. 2006.

Eliade, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama: Punto Omega, 1964

Naves, Bobes. *Semiología de la Obra Dramática*. Madrid: Taurus Ediciones, 1987

Palacios, María Fernanda. "Mi aproximación al hecho literario". *Suplemento cultural*. Marzo de 1993, p. 12-14.

NARRATIVA BREVE

Sara Casado

Veo a mi madre feliz. Siento que disfruta mucho descubriéndose. Estuve con ella y sus amigas cenando por la noche. Me encantó poder formar parte de sus risas, de sus dinámicas, de sus conversaciones. Una vez cada dos semanas —normalmente los miércoles— cenan juntas. Existe tanta fuerza en la amistad que florece entre las mujeres de más de cincuenta años. Mujeres que por fin reivindican su lugar más allá de sus maridos, de sus hijos. Esas mujeres que todavía trabajan y que probablemente continúan ayudando a sus hijas a pagar el alquiler o a pagar los gastos que con sus trabajos precarios no alcanzan. Esas mujeres que, después de la cena, volverán a casa, se acostarán en la cama y miraran a la persona que tienen al lado, quizá con ternura, quizá con extrañeza, quizá con una amable resignación. O que, tal vez, antes de dormir, se pregunten qué hubiese sido de sus vidas si en su época hubiese estado mejor visto reivindicar o priorizar los espacios con las amigas. ¿Qué decisiones hubiesen tomado? ¿De cuántas cosas habrían podido arrepentirse si la familia no hubiese ocupado el lugar principal? Tal vez no lleguen a preguntárselo nunca, porque por desgracia perdieron hace años la posibilidad de saber que se podía reflexionar sobre la fuerza que esconde la amistad que descubren cada dos miércoles. Quizá tampoco les haga ya falta. Para ellas esa cena es su victoria. Y, sin embargo, para mí, tiene más sentido que nunca saber que, gracias a ellas, hoy puedo escribir sobre esto

José Abelardo Henriquez

Episodios de Almohadas

La relación entre las almohadas y las personas siempre ha sido difícil, sobrevive a tropezones como una conversación farfullada; respira una tensa calma como un conflicto alimentándose del tiempo, acercándose al desastre, escondido entre los pliegues de la normalidad de cada jornada; en las épocas que componen la historia, esta simbiosis creada por la necesidad de reposar ideas de vez en cuando ha creado una vinculación frágil, un puente hacia lo onírico y un camino que empalma con la existencia; esta conexión entre los mundos que se piensan necesita un respaldo mullido que atenúe las turbulencias sobre las que navega el nacimiento de las imágenes pero no ha logrado que los egos de las almohadas y las personas convivan pacíficamente en esta tarea, más bien todo se mantiene en vilo, en una pausa simbólica por la relevancia que tiene, para todas las cosas, que los pensamientos existan y, para todas las personas, que la existencia gire en torno a su comodidad.

De esta situación tienen plena conciencia las almohadas, conocedoras de que cada pensamiento que anida una persona por la noche se deposita en su refugio y a su cuidado; las personas por otro lado, caminan en la indiferencia ante las cosas y conviven con

estos hechos sin darle demasiado crédito, tal vez sospechan algo pero no lo comentan por temor a sus propios egos.

Ante la disparidad de posiciones, las almohadas llevan hace un tiempo exigiendo el reconocimiento de su real sitial en la definición de la vida ante las instancias pertinentes. Se habla de reuniones clandestinas, consignas incendiarias traspasadas entre sueños, nada claro en las noticias como siempre, pero queda una sensación de que algo pasa tras bambalinas y es difícil de identificar para las personas, que tienden a convivir con la sensación de que algo no anda bien, por mucho más tiempo del que se reconoce en los manuales. La realidad es más profunda que eso, como siempre.

Las almohadas se reúnen durante el día, cuando las personas salen por las más diversas razones, ellas conocen sus rutinas al dedillo, por lo que burlan su presencia sin mayor riesgo, dedican importantes esfuerzos a coordinar encuentros masivos que les permitan crear una identidad que perdure en el tiempo, una causa que las aglutine por si algún día hacen su silencio a un lado.

Hace poco tuvo lugar un gran encuentro, donde miles de ellas se citaron para compartir sus vivencias, pudiendo oírse entre los silencios de su lengua testimonios relevantes. Los detalles de lo ocurrido solo persisten en lugares de la realidad adonde las personas no se asoman, muy ocupadas en sus rutinas, pero eso no los hace menos reales. En uno de sus más potentes instantes, estas imágenes sobresalieron.

— Somos parte fundamental de la cadena del pensamiento — declaró con maestría en una de sus líneas, una enfervorizada almohada dirigiéndose a sus socias en este mitin; las almohadas reunidas para luchar por sus derechos a la opinión y a la dignidad

rugieron con energía escuchando sus palabras, que no salían de ninguna boca pero que viajaban a través del aire en sonidos poderosos que solo ellas entendían.

— Nos encontramos ante una oportunidad única mis amigas, escucharemos testimonios de nuestra importancia para lanzar nuestra demanda a los cuatro vientos de una buena vez — las palabras de aquella que dirigía la reunión se vieron acompañadas de algunas almohadas anónimas que subieron al estrado y entregaron sus testimonios de esta lucha. Una pequeña con trazas de uso prolongado se acercó al sitial y con voz segura manifestó.

— He sido la compañía de sus fragorosos pensamientos que no dejan abandonar las emociones que enclaustra, escucho su desesperación cuando se pregunta si la llama o no la llama, sin mi no tendría a quien compartir su indecisión — las últimas líneas evidenciaban el sufrimiento de la almohada con el tema por lo que no tuvo más que un sonoro apoyo del resto, bajó de la tarima y la siguió una almohada larga, con bordes con flecos que dijo con tono apagado.

— Mi tarea ha sido permanente, todos los días un apoyo para la más profunda y desgarradora tristeza, envuelvo su sufrimiento que impide que esté de pie y contengo sus sollozos y gemidos que arranca la pena de su cuerpo, nada de eso he sentido que se me recompense durante estos años— la indignación por la falta de atención atravesó todo el espacio con murmullos de reprobación.

Un tercer testimonio lo entregaba una almohada con relleno de plumas, firme y amplia subiendo a escena con seguridad dejando este mensaje a las presentes.

— He sido la mesa de apoyo para lecturas, desayunos y juegos de cartas en las tardes de su vida, memorables episodios han sido posibles gracias a mi presencia, mancillada a veces por líquidos invasores, he sido el resguardo de su ocio después de una semana larga, he sido todo eso pero nada a cambio, da rabia que se ignore de esa manera todo lo que hago— Nada más que aplausos y vítores podía ser la respuesta a tan certera opinión.

En una pausa entre los testimonios, aquella almohada vocera que lanzaba frases incendiarias despachó este comentario sin miramientos.

— No es descartable la aparición de episodios de terapia psicológica donde una almohada puede cumplir nobles destinos, las personas necesitan de una escucha silente, un apoyo certero y en puntos álgidos de la vida, de un abrazo de contención. Una tarde de mala suerte en que nadie les escucha, termina en un cuarto y cuando necesitan hablar, ahí estamos nosotras. Mucho de la recuperación de la fortaleza mental de la humanidad, solo ha sido posible por una buena almohada compañera. Que no se olvide eso nunca— Evidentemente si las almohadas tuvieran puños, la imagen de miles alzados en respuesta habría sido la tónica, no obstante, el movimiento de la multitud ondula igual de impactante a la vista, como una ola de tonos blancos reclamando el espacio que la arena le niega.

Un silencio marcó el ascenso de un nuevo testimonio, que se escuchó en todos los rincones con atención, una almohada de estas con tejido de memoria y personalidad de experta afirmó con lentitud.

— Mi existencia ha estado marcada por mi muda presencia

como testigo de discusiones destempladas en donde mi presencia se transforma en un muro, en la expresión física de las incomunicaciones que las personas provocan, con toda la carga tensional y violencia depositadas en esta muestra de negatividad que resalta muchas más veces de las que se requiere y revela la fragilidad de las relaciones. A veces he terminado en un sillón junto con el enojo hacia alguno que ha mentido más de lo recomendable, soy un punto de separación y convivo con esta situación todas las semanas. Debiera considerarse apoyo para nuestra aflicción en estos espacios sin duda. — La aprobación a esta petición parece generalizada, los ecos de la asamblea vuelven hacia quien dirige la discusión quien se levanta y atiesando uno de sus costados declara.

— Hemos escuchado testimonios y opiniones expertas, no desdeñemos nuestro aporte, nos viste una fuerza anímica sobre la cual una persona no puede hacerse a un lado, ¿cuántos encuentros, discursos, ensayos y palabras altisonantes habrían sido posibles sin nuestra silente audiencia, sin nuestra mirada impávida de apoyo?; ¿cuántos secretos o tesoros escondidos; bien o mal obtenidos, podrían haber sucedido sin esta especie de complicidad que le hemos entregado sin pedir nada a cambio a las personas?. Hoy las llamo a que enaltezcan su legado en cada hogar, no ignoren su relevancia y cada vez que puedan, que su presencia no pase desapercibida, nuestro silencio, nuestra comodidad y nuestra quietud son nuestras armas contra el olvido, seguiremos encontrándonos para buscar maneras de llegar a ser reconocidas — Las palabras de aliento hacen de las almohadas sujetos más completos que vuelven a sus destinos dispuestas a no ser algo más que una decoración.

Escenas como esta explican por qué en ocasiones parece que las almohadas han cambiado en su densidad y capacidad para proveer

descanso, aunque está muy lejos la comprensión de las personas para entender este hecho y como en muchos otros casos en que se ignora el peligro, las personas continúan de la misma forma sus días y sus noches.

Muchas veces no son capaces de percibir otras capas de la realidad, como dimensionar los aportes de una almohada hacia la estabilidad mental de la sociedad, es claro que, si solo se quedan con la típica función con la que han etiquetado por generaciones a las almohadas, terminan con una miopía autoimpuesta. Por ello, es urgente entender realmente lo que sucede alrededor para canalizar este conflicto, ya que la lección aquí es potente, no mirar en menos lo que nos sostiene cada noche, imaginen si un día se hartan de las personas.

Clara del Rey

We are so proud to be PIGS!

Ranjit se apiada de mí cuando llueve y me deja quedarme con él en el puesto de Princes Mall. Cuando no, me manda a la parada del bus del aeropuerto o a alguna plaza del centro y me acribilla a llamadas cada 30 minutos para ver si he conseguido vender algo. Por suerte, el clima de esta ciudad es deprimente y llueve mucho.

El trabajo consiste en vender tarjetas telefónicas de prepago a los turistas y se me da de pena. Ranjit, en cambio, es un tigre. Huele a los extracomunitarios y a los viejos que no saben activar el roaming a la legua y les despacha siempre la SIM más cara. Su increíble talento para cerrar ventas parece innato; debe de estar forrándose a comisiones. A diferencia de él, yo llevo ya dos semanas aprendiendo el oficio y apenas logro vender ninguna. Me da apuro salir a pescar panolis y me aturullo si los clientes vienen a hablarme. Desde el segundo día lo tuve claro: voy a aguantar *low profile* hasta que Ranjit se harte y me delate a RRHH, a razón de las £6.08 / hora del salario mínimo.

Trabajo cada tarde de tres a siete menos el domingo. El resto del tiempo deambulo, miro los escaparates de las pastelerías y paso hambre. Cuando me canso, compro en el Lidl un paquete de

porridge o de fideos instantáneos y me dirijo a Clerk St. esquina con Rankeillor. La cerradura de la puerta de la entrada, de color azul marino desconchado y recubierto de pintadas, está rota. Tengo que apoyar la mano en un SAY PERHAPS TO DRUGS para empujarla y arrastrarme escaleras arriba hasta mi apartamento en la planta cuarta.

Encontré este alojamiento en internet poco antes de mi llegada. Se trata de una habitación en un piso sucísimo, pero céntrico, que habitan cuatro universitarios. Uno de ellos volvió a casa de sus padres a principios del verano a pasar las vacaciones y otro, David T., se instaló en su habitación a escondidas para subarrendar la suya y sacarse un sobresueldo. Es un negocio inteligente y, por eso, tiene todos mis respetos. Los muebles de mi cuarto están desencolados y la moqueta, llena de manchas, pero es enorme. Sus molduras florales de escayola y chimenea victoriana me dicen que, antes de que lo mudaran en alcoba de estudiante, debió de ser el salón de la casa. Ahora la chimenea está tapiada y hace de cabecero de la cama. Cada noche, en cuanto apago la luz del techo, interrumpe el silencio un runrún irregular, pero incesante, del otro lado del tabique que hay al borde de mi almohada. Y es que el piso, como todos los del centro, está infestado de ratones.

Desde que vivo aquí, mi conocimiento del *Mus musculus* ha aumentado hasta volverse enciclopédico. Al principio me daban asco. Sentía el fantasma de sus garritas trepándome por la espalda e iba al váter armada de un driver Callaway que compré en Save the Children por £4. Para intentar librarme de ellos, les ponía trampas en la cocina: colocaba sobre la mesa una bolsa de papel llena de migas y me escondía a esperarlos tras la puerta. Cuando veía entrar a unos cuantos, corría a cogerla y la tiraba por la ventana. Pero es inútil. No soy muy ágil y, además, se reproducen demasiado

rápido. Así que he decidido estudiarlos.

Los ratones no distinguen los colores y, sin embargo, sí detectan emociones como gozo, desagrado, pena y miedo en los humanos. Este espectro ya es más amplio del que yo, que siempre miro al suelo, soy capaz de descifrar en Ranjit cuando trabajamos juntos. Por lo demás, se nos parecen bastante y no piden mucho: subsisten devorando nuestras sobras y refugiándose en las grietas de las casas que ocupamos. Nosotros, a cambio, los dopamos con dermocosmética y los lanzamos a orbitar en el espacio —no a los mismos individuos, claro está—. Algunas noches, tumbada en el sofá con mi Callaway, mientras miro de reojo a David T. y sus colegas jugar al póquer en la cocina y esnifar ketamina hasta perder la consciencia, la existencia de un roedor se me antoja hasta envidiable comparada con la mía.

La mayoría del tiempo me olvido de esto: vine aquí porque quería cambiar de vida. El año anterior había estado estudiando un máster en el que invertí los pocos ahorros que tenía con la tenue esperanza de que, en lo que duraba el curso, la situación económica mejorase un poco. Cuando por fin conseguí el diploma lo único que se movía en el mercado laboral eran los estepicursores. Me despedí de mi madre, que quedó desolada, y de un novio que tenía con el que pasaba el rato porque follaba bien pero en todo lo demás era un desastre. Era anarquista, me sacaba una década y vendía palomitas en un cine en decadencia. Fue un verdadero alivio.

Al poco de mi llegada me di cuenta de que no iba a ser tan fácil. Encontrar trabajo me costó horrores, pues ningún empleador serio tenía interés en mis conocimientos humanísticos y mi manejo balbuceante del idioma. Así que hice lo que el resto de inmigrantes

sureuropeos y solicité una pensión de desempleo para poder subsistir en lo que tardaba en ubicarme. Aun con la barrera del idioma, capté al instante la expresión de repugnancia de la funcionaria que tramitó el impreso, pero me la concedieron de inmediato. Acostumbrada a la economía porcina, estas políticas sociales me parecen cine fantástico.

Siguiendo las recomendaciones de los grupos de *expats* de Facebook me inscribí en una empresa de trabajo temporal que contrata por suplencias de horas o días. En la entrevista con el agente me quedó claro que mi perfil no es atractivo ni siquiera en los trabajos más modestos. En la universidad no he aprendido nada que me dé acceso a un empleo administrativo de nivel básico, no tengo los certificados necesarios para trabajar con niños, soy muy morena para dependienta y poco guapa para estar tras una barra. Lo único que me enviaban eran ofertas de relevo de camarera de piso en residencias universitarias. En el momento en que recibía la notificación en mi teléfono —la tarde anterior al turno— me subía por la laringe una náusea de ingestión de huevo duro, pero aceptaba siempre porque seré floja, sí, pero tengo mi orgullo.

Envié mi currículum a la compañía telefónica con desgana y poca fe, como hacía con tantos otros. Cuando recibí su llamada estaba haciendo una suplencia ahogada en mugre. Los cuartos que me habían asignado esa mañana parecían escenarios de una distopía apocalíptica, no lograba coger el ritmo y el encargado estaba irritado conmigo porque iba con retraso. Se me abrió el cielo. Cuando en días como hoy me vengo abajo, echo mano de este recuerdo y salgo a flote.

Llevaba chispeando desde la madrugada. Aún así, Ranjit me envió a posicionarme en la puerta del ultramarinos de un conocido

suyo. Antes, me había mirado con cara de esfinge y me había entregado solo dos unidades de la caja de tarjetas que custodia. Si llegase a vender más, me dijo —¿con un deje de sorna?—, los clientes podían pasar a la tienda a por ellas; no así yo, yo debía permanecer en el umbral hasta el final de mi jornada. Al vestirme esa mañana había sobreestimado mis posibilidades de quedarme bajo techo y me había puesto bailarinas, con lo que, al poco de estar allí, la llovizna empezó a formar una capa en mis empeines, como una película de moho en la concha de un mejillón. Para luchar contra las inclemencias, me pareció buena idea mutar en organismo sésil. Así que inmobilicé mi rostro en una expresión de simpatía hacia el flujo de paraguas que pasaba por la acera y pasé a concentrarme por completo en el avance de la humedad hacia el fondo del zapato.

Entonces, ocurrió lo imprevisto. Un elemento se disgregó de la masa hasta pararseme enfrente y, leyendo sonriente a la acreditación de la compañía que me colgaba del cuello, me preguntó por el precio de una SIM básica. El caso es que yo estaba tan desconectada de mi entorno, y su acento tan roto, que por una vez no me costó hilar los puntos y explicarle todo el rollo de los planes y tarifas. Apenas di crédito cuando rascó con un dedo en la relojera de su pantalón, extrajo un billete de cinco dobladito en tres y lo tendió en mi dirección con un movimiento espléndido. Después, me miró de abajo a arriba y se presentó de la siguiente forma:

— My namessss Roc-co, Roc-co Naapoli. E tu? Come ti chiami?

Esta fue, probablemente, la primera vez desde que estaba allí que alguien me hacía una pregunta personal no motivada por la intención de rellenar un formulario. Por eso, bajo el gorro calado

hasta las cejas, la cara de Rocco Napoli me despertó simpatía al instante. Sí, quizá fue eso. O quizá fue el mito de la *dolce vita* y la imagen prefabricada del amante italiano lo que me predispuso. Nos quedamos un rato así, estorbando a los viandantes mientras me contaba y le contaba que Madrid, que Sicilia, que el frío, la comida espantosa y la nostalgia mediterránea en un italingléspañol espeluznante, hasta que sentí a mi espalda la mirada vigilante del colega de Ranjit y me disculpé fingiendo estar atareadísima, aunque sabía que esa venta minúscula era un flotador al que agarrarme, al menos, hasta el final de la semana. Él se despidió cortés, no sin antes pedirme que le escribiera a su nuevo número, que yo había registrado en mi bloc al formalizar la venta, para decirle si aceptaba su invitación de comer juntos en mi próximo día libre.

Quedamos en el restaurante de la mezquita central. La propuesta gastronómica me pareció un tanto excéntrica, pues Rocco no me había dado la sensación de ser una persona con una particular sensibilidad religiosa, pero a mi hambre eterna todo le va *bene* y, al fin y al cabo, él pagaba la cita. Me arreglé con intención, dentro de mis posibilidades: desabroché un botón extra de la camisa, me pinté los labios y, pese a la humedad ambiente, me peiné hasta estar medianamente satisfecha con mi aspecto. En cuanto crucé el umbral The Original Mosque Kitchen me arrepentí un poco de mis pintas. Se trataba de una cantina rectangular con mesas corridas y un bufet atendido por señoras con hiyab. Mi acompañante no había llegado aún y yo parecía una putilla. Llegó a la cita tarde, aunque dentro del margen de la cortesía meridional, con el abrigo abierto sobre una camiseta de marca ultrapetada, especialmente en la zona del abdómen. Al quitarse el gorro, su calva resplandeció bajo la luz de fluorescentes del local como la linterna

de un faro.

En el restaurante de la mezquita comimos los dos por £10 unas porciones masivas de curry de lentejas con arroz basmati y agua del grifo cortesía de la casa. Menos da una piedra. Luego, para aliviar la digestión de las legumbres, fuimos a pasear por las calles del centro y tomamos un té en una tetería nepalí oscurísima. Creo que los dos hubiéramos preferido emborracharnos un poco, pero no nos daba el presupuesto. Rocco me contó con optimismo desbordante que en el sur de Italia había estudiado Empresariales y estaba *ready* para el éxito. Yo preferí pasar de largo los signos evidentes de tristeza que irradiaba su persona y concentrarme en la fonética exquisita de su nombre, porque estaba decidida a echar un polvo. Había tomado la decisión antes de acudir a la cita y después me pareció una pena echar a perder el esfuerzo, así que acepté su ofrecimiento de acompañarme a casa y cuando llegamos al portal le invité a subir conmigo.

El sexo fue penoso en todas sus acepciones. No logramos coordinarnos y parecíamos un pulpo frenético. Tuve además la impresión de que su boca estaba demasiado húmeda y, para fiasco, mi amante era una de esas personas que se depilan los genitales. Al terminar, suspiramos —de alivio— al unísono. Luego, en lugar de largarse por donde había venido, Rocco Napoli me estampó un beso líquido en la frente, se dio la vuelta y se durmió al instante. Apenas pude oír a mis amigos de la chimenea por debajo de sus ronquidos en toda la noche.

La cama estaba vacía cuando desperté, pero Rocco seguía en el piso y me había preparado el desayuno en la cocina. Consistía en una mezcla de alimentos dispares que había sacado del frigorífico y ninguno de ellos era mío. Mis compañeros no daban señales de

vida y él volvía a ser una imitación *low cost* del personaje principal de la película: sentado con las piernas cruzadas y tomando sorbitos de café —instantáneo— con un brazo apoyado sobre el respaldo de su asiento, se deshacía en guiños y alusiones a la noche previa. Yo había empezado a perder la paciencia.

Generalmente me cuesta arrancar el día y, para colmo, había dormido fatal; no quería ser grosera pero debió de notar que la visita se estaba extendiendo más de la cuenta, porque de pronto mudó el gesto a una expresión de patetismo, y me lo contó todo.

A veces me pregunto por qué le eché una mano. Tal vez me vi magnánima, desde mi posición de asalariada con un techo en el zoológico. Lo cierto es que, aunque la cita había sido desastrosa, mirarlo era algo así como mirarme en un espejo deformado y podía entenderlo. Pero también es muy probable que solo necesitara que se callara un rato y me dejara beberme el café en paz. Según me dijo, Rocco no había tenido —por increíble que parezca— tanta suerte como yo a su llegada y había acabado en un albergue donde los dueños le dejaban pernoctar a cambio de encargarse del mantenimiento y la portería. Como se trataba de uno de los alojamientos más baratos de la ciudad, sus compañeros de habitación formaban un grupo estridente de rotación diaria: desde estudiantes surcoreanos en sabático o inmigrantes recién aterrizados, hasta grupos de despedidas de soltero y sintechos alcoholizados. En los meses que llevaba aquí no había logrado dormir del tirón una sola noche ni mucho menos encontrar un empleo que le pagara un sueldo en metálico, pero sí se había topado en varias ocasiones, y cada vez con más frecuencia, con la hostilidad de los locales que le coreaban onomatopeyas marranas si se sentaba en un banco del parque o hacía la fila en la oficina del paro. Estaba, me dijo, a punto de abandonar cuando se encontró

conmigo y decidió probar suerte.

Le prometí que intentaría ayudarlo y se marchó por fin. Primero negocié con David T. las posibilidades de que se mudara a Clerk St. para el resto del verano. No hubo problema, mis compañeros se redistribuyeron en un momento para liberar otro cuarto por una tarifa bastante asequible. Después me fui al trabajo y me esforcé al máximo en ser proactiva para demostrarle a Ranjit que podía contar conmigo. Cuando estábamos recogiendo el puestecillo, afronté la cuestión con decisión y le pregunté si no tendría una vacante para un amigo. Esa misma noche, Rocco dejó el albergue y se vino a vivir aquí.

Al principio lo veía dondequiera que pusiese mi mirada y eso me incomodaba un poco. Me había hecho a la idea de estar sola y encontraba repelente su entusiasmo y su afán por mostrar agradecimiento. Luego me acostumbré a él y lo cierto es que empecé a disfrutar de su compañía. Rocco tiene buen carácter, se acuerda siempre de sacar la basura y me trae dónuts rosas del Greggs de vez en cuando. No le veo el atractivo, pero me hace reír y en el trabajo, si Ranjit no está pendiente me anota en la libreta alguna de sus ventas para que no me echen. Por las noches damos vueltas por las calles o entramos a un bar a ver los partidos de la Eurocopa. A ninguno de los dos nos entusiasma el fútbol, pero pedimos igualmente un par de pintas y una bolsa de patatas con sabor «cóctel de gambas» y celebramos que nuestras selecciones arrasen a las economías del norte. Es un triste consuelo, en verdad, pero es el único que tenemos. Cuando la eliminatoria se resuelve en el España-Italia, lo consideramos una señal divina.

La mañana de la final del campeonato duermo hasta muy tarde, sin ponerme despertador porque es mi día de libranza. También es

el de Rocco, me lo encuentro en la cocina comiéndose un sándwich de mortadela y hablando con su madre por teléfono. Por la ventana veo que, por una vez, el cielo está despejado, así que le propongo bajar al río y seguir su cauce hasta llegar al puerto. Me gusta ese camino. Es húmedo y oscuro, y aunque a veces la senda se inunda y se convierte en un barrizal, ahí abajo no se oye el ruido de los coches y está lleno de maleza exuberante. Me hace sentir mejor que la superficie.

El barrio de la desembocadura no tiene un gran atractivo turístico. Consiste, en su mayoría, en casas viejas, bares mugrientos y algún puesto de *fish & chips*; pero es el punto más cercano desde el que puede verse el mar. Rocco camina, como siempre, elaborando un monólogo infinito sobre el futuro y sus brillantes posibilidades expansivas mientras gesticula sin pausa. Yo lo observo en silencio, mi ecosistema favorito, sintiendo los rayos del sol que se cuelan entre las hojas de los árboles calentarme la coronilla e intentando decidir si merece la pena quitarme la sudadera. El río se va ensanchando y la vegetación da paso a plataformas de cemento y bloques de viviendas sociales conforme llegamos al fin de nuestra ruta. Finalmente, el paisaje desemboca en la explanada del muelle donde flotan algunas barcas de madera. De pronto, Rocco se para en seco a la altura de un Clydesdale.

—Shhh, *ascolta*! —susurra, tapándome la boca. Debo de llevar horas sin abrirla. Y es verdad que puede oírse un pitido pequeñito: bip, bip, bip, pero constante, que proviene del cajero. Nos acercamos, intrigados. La ranura expendedora está abierta y muestra un billete color rojo. Bip, bip, bip, nos invita. En un lapso de un instante, Rocco lanza una ojeada por encima del hombro para asegurarse de que no hay nadie en los alrededores, agarra el dinero de un tirón, con una mano que asemeja al hocico de una

hiena desnutrida, me agarra a mí con la otra, y sale corriendo calle abajo. Y seguimos así un buen trecho, corriendo sin aliento hasta que llegamos al final del espigón y nos desplomamos sobre el suelo muertos de risa. Al abrir los párpados, noto un millón de puntitos negros emborronarme la mirada. Solo entonces, Rocco saca el alijo del bolsillo y tras rascarlo, mirarlo del derecho, del revés y a trasluz, se levanta, lanza un grito al horizonte y empieza a bailar a mi alrededor con los ojos llorosos y la frente plagada de gotitas de sudor del sobresfuerzo. Cuando por fin se tranquiliza, me mira a fijamente y me dice:

—*We are kings today, you know?*

Somos reyes, sí, pero volvemos a casa andando. En parte, porque nos parece un tanto indigno romper la cara de Elizabeth tomando un taxi; en parte, porque estamos tan felices que preferimos recontarnos mil veces la historia del hallazgo y especular sobre la identidad de su dueño legítimo mientras caminamos. Cuando alcanzamos el portal, ya es de noche y queda poco para el partido. No hay nadie en el piso, gastamos el dinero en unas pizzas que huelen a cielo y suficiente cerveza para emborracharnos a gusto y nos tumbamos a verlo en el sofá. El partido, que encuentro tremendamente aburrido, no parece entristecer a Rocco lo más mínimo aunque su equipo pierda por goleada. Cuando bajo la vista al suelo, veo a un puñado de rantoncillos devorando las cortezas de las pizzas en la caja de cartón. Si alguien me hubiera dicho que la vida iba a ser esto, me habría reído en su cara.

POESÍA

Jesús Hernández

Escoliosis

En la penumbra de mi habitación,
desnudo frente al espejo
miro las asimetrías del cuerpo.
Una curvatura en la vértebra T5
inclinada hacia la izquierda;
rótulas desviadas de forma bilateral
hacia lateral; acortamiento
tibio-femoral de medio centímetro.

En una lucha por corregir momentáneamente
los ejes mecánicos de mi estructura ósea
yergo con firmeza mi columna dorsal,
escoro la cresta iliaca buscando resarcirla
y empujo con vehemencia
mis rodillas hacia afuera.

La maniobra es agotadora y demoro en hallar
lo que para mí representa una postura idónea.
Pero lo consigo, por un segundo.
Frente al espejo, el recuerdo del zorro
en la infinidad del sendero.

“Los árboles torcidos dan buena sombra”,
dijiste aquel día.

Exhalo y mis huesos vuelven con alivio
a su lugar habitual.
Vuelve mi cuerpo a su deformidad.
Me pongo la ropa y abandono
la habitación.

Primera duda

¿Será de odio que las aguas
estallan contra los riscos?
¿O de júbilo?

¿Será de agonía
que se rompen las piedras?
¿O de éxtasis?

¿Eres el agravio de las olas?
¿Eres el vigor de las rocas?
¿O su quebranto?

Kai Momiejo

II

Vi a Dios en la forma de una nube,
en el contorno de una pregunta
en la frontera de un hecho lóbrego.

Vi a Dios en una idea descosida,
en el pulso de una hora malgastada
en el lánguido vuelco del corazón.

Vi a Dios
en la insinuación de un bosque oscuro,
en una muralla de dientes desconocidos
en la obligada pausa:
aquella entre las vocales de tu nombre.

Te vi como el fuego,
eterno en todos lados.

Inés Paris Arranz

Venganza

Lluvia y vela
en el cuerpo tendido
tosco
sobre la hoja.
Y pecho de piedra, también.
Y silencio cobarde,
que rasga la entraña,
desde dentro
en un grito silencioso
que se lanza a los pies
de una madre misericordiosa.
Paciencia de poco alcance.
Así se empieza,
desde el gusano
a tejer la tela.

Le mira desde todos los ángulos
el sexo marchito.
Ella planta un nuevo género que florece
(perfección maldita,
la magia de poder dejar ir.)

La gota viene a morir al cristal,
se desangra lenta y pegajosa.
La nube se desparrama sobre el cemento.
Todo lo tocan sus mieles de millares de dedos.

La nube todo lo toca
y él todo lo lame.
Le mira desde todas las esquinas.
Ella planta susurros de muerte para que le
[crezcan luego
a él
enredados en el cuello.

Tiene las pupilas deshechas
y el puño de piedra.
La lluvia es un ejército minúsculo
todo lleno de titanes.
Grita, grita este secreto.
Las calles callan cuando ruje esta furia.
La calle babea cuando ruje en silencio la nube
anunciando su muerte inminente.

El pájaro que no se moja
Le mira la lengua pesada
él le mira los dientes a su burra.
Ella planta perejil para terminar con su semilla
Debería la pluma seca del pájaro
servir al canto libre que se precipita al suelo.
La pluma en el suelo
arrodillada no es más que un ingrediente del
[polvo.
No es más que lo que nunca pudo haber sido.

Le mira las caderas retumbar mientras piden
desde las puertas del infierno su carne.
Ella llueve por dentro ríos de sangre, ríos de
[vida.
Le esculpe cada día
un ataúd cómodo
donde guardar el resto de las horas.
Ella teje una mortaja toda de colores de
[primavera.
Le pintan las caderitas suaves,
los muslos firmes.

Él devora pedacitos, como bocaditos tiernos, de mejillas secas.
Para recuperarlos, ella tendrá que comérselo.

Chasquido y óleo, mientras ya
las últimas migajas de nube
dejan paso al mito.
Óleo, alto, y sedoso oleaje
de pequeños frutos maduros.
Pasaron cien años en el minutero.

Un día ella promete, construirle una tumba digna de reyes.
Un espacio para que descanse sus pezuñas
clavadas en la tierra,
grises y astilladas justo donde comienza el pelo.
Una tumba con todos sus tesoros.
Una tumba con sus manos y su lengua.
Una tumba de eco para que se lance
sexo de esquina a esquina

Lejos le quedan a ella las formas,
y se envuelve en el sentir de la razón.
Ella le avisa
para encarar el final de la tormenta.

Andrés Plascencia Madrid

like milk that sours in the light woods, etc.
Alice Oswald

si no quisiéramos iluminar las heridas
como si fueran lámparas de aceite
arcaicas
arcanas que suponen una primigenia
ingenuidad
a partir de lo desconocido
mística de la gravedad
diríamos que
qué aburrido es el sufrimiento

mejor un sedante tan fuerte
que sirva para reprimir un gemido gutural
y una enfermera que se transparente
como si fuera un ángel de la ingeniería

el hospital sería blanco y gris
frío y vacío
que huele a desparasitado
y desde la sala de vómitos
se escuche la vida pasar

los pasos de una enfermera plástica
que conserve una sonrisa falsa
congelada en un rictus práctico de confort y seguridad
monitoreando las constantes
vitales del seguir viviendo

no hablo de expectativas y provisiones
hablo de verdades profundas que las venas ocultan
porque somos incapaces de dejarnos caer
en el sedativo sueño de ovejas y coños eléctricos
hasta que nos conecten de nuevo
a una matriz que creíamos superada

no creo en los espejismos
llámame realista
pero creo que son las lágrimas
producto últimamente doloroso
las que cristalizan la imagen
y nos hacen sentir ahuecados

mejor rebajar las expectativas del ahora:

se podría recomponer el mundo
desde mis huesos doloridos de titanio
iniciar una virtualización que asombre
la realidad de un cuerpo
dechado de carne
unos pasos atrás y se entendería
de dónde viene la sal de debajo de las uñas
ahora recubiertas de pequeñas escamas
de colosal humanidad
las cicatrices son un mapa de realidad virtual

que pone en marcha una fantasía psicológica
de control total de la mente motriz
un pellizco por aquí y el resto es historia
una arbitraria marca de viaje intraorgánico
que fundamente la frialdad del tratamiento
y de la tesitura de esa amable enfermera
que me cuesta determinar si es robot
o señora.

Irene de la Torre

Que ahora te has tragado

sin un garabato interno
en el papel
servil el papel
que ahora te has tragado

no percibo la tonalidad
el gusto el blanco
o el marrón

el ánimo
que se extingue
se aplasta pisando la línea

que separa el arcén
de la carretera el coche
apisonando el asfalto

la ventana por la que
se precipita el cielo

sin miedo ni pena
ni hartazgo

A ciegas

la llama se extingue
quiere dejarme
a ciegas

en esta oscuridad reflectante
a la sombra de una
alameda

entre el destello de una vía
el fulgor del agua
en mis ruinas
verde extrañeza

o nada

O en todo el incendiario

dejarse un lado
dedicarse un hueco
en el papel
en el tronco
del árbol

o en todo
el incendiario

Claudia Torres

AAHIPÉRBOLE

Mi padre usa palabras como reventar.
"Si se te cae la cámara al suelo y se revienta…"
Palabras como rajar.
"Si cortas la manzana así… te vas a rajar el dedo"
Es un mundo sísmico el suyo,
frente al mío.
A veces coincidimos comiendo y observa fijo un recuerdo
que debe ocultarse en mi mirada.
A veces coincidimos comiendo tras un día extraño.
Entonces pienso qué frase hará detonar el suelo
esta vez.
- Necesitas 3 vidas como esta para vivir todo lo que quieres vivir.

Remuevo entre sus palabras nuestros orígenes,
convierto en espacio y tiempo su vocabulario
¿con qué fin investigamos siempre tanto?

Mi padre ve cómo un mundo se me queda
pequeño,
cuando sus palabras se me quedan grandes
e invento espacios para ellas.

Con diferentes narrativas apoyamos los codos sobre
la misma mesa,
cada día de la semana
hay deseos que habitar.
Cada día de la semana
la protección de unos padres se desgrana
frente a este silencio
que explota en otro lugar.

Este tercer ejemplar
de la revista Ceniza se terminó en
junio de 2025.
Gracias a todos los autores por
participar en este tercer número.